

## **El mundo. Sin el giro.**

Obtenga 4 semanas de periodismo independiente y sin miedo por solo £1.

Comience su prueba de £1

Revista FT Vida y Artes

### **La junta argentina, el abogado cruzado y el impostor**

Tras décadas ayudando a sobrevivientes, el abogado Javier Garín creía haberlo visto todo. Entonces llegó una víctima que lo cambió todo.

**Matthew Bremner**

Publicado AUG 30 2025

---

## Manténgase informado con actualizaciones gratuitas

Simplemente regístrese para recibir el Life & Arts myFT Digest, que le llegará directamente a su bandeja de entrada.

[Inscribirse](#)

---

Esa mañana, como todas las mañanas, la oficina en casa de Javier Garín estaba tenuemente iluminada. Su enorme escritorio de madera estaba abarrotado de expedientes y carpetas de anillas, bajo la atenta mirada del azul y blanco celestial de la bandera argentina que colgaba en un rincón de la habitación. En las estanterías a su espalda había gruesos textos legales, retratos de Eva Perón y retratos familiares que había pintado. Mientras esperaba su próxima reunión, el calor de los radiadores espesaba el aire pesado y húmedo del invierno porteño.

Garín, que entonces rondaba los cincuenta, medía más de 1,80 metros, tenía el pelo canoso y una voz potente. Vivía en el barrio de clase media-alta de Banfield, un mosaico de casas grandes y bungalows con frondosos árboles y aceras irregulares. Garín había ejercido como abogado durante 30 años, y había dedicado gran parte de su carrera a lidiar con diversos problemas, desde presuntos líderes de sectas hasta corrupción policial. Pero siempre había estado involucrado en la política, y los casos que más le fascinaban eran los de derechos humanos relacionados con la última dictadura del país. En el poder, de 1976 a 1983, una serie de juntas militares secuestraron, torturaron y asesinaron a activistas de izquierda, intelectuales, estudiantes y presuntos disidentes. Miles más simplemente desaparecieron.

Si bien hubo una serie de juicios farsa en los años posteriores a la caída del régimen, los sucesivos gobiernos decidieron proteger a los perpetradores con leyes de impunidad. No fue hasta el nuevo milenio que Argentina comenzó a lidiar con su pasado seriamente, procesando a exmilitares por violaciones a los derechos humanos y pagando indemnizaciones a las víctimas. Garín había trabajado en algunos casos difíciles durante ese período, incluyendo casos de niños desaparecidos, y sentía que lo había visto y oído todo. Estaba a punto de descubrir que no era así.

Era junio de 2016, y Garín tenía previsto reunirse con Adrián Martínez Moreira. Moreira se había graduado en sociología en la Universidad de Buenos Aires y era muy conocido entre los activistas y organizaciones dedicadas a localizar a los hijos de los desaparecidos durante la dictadura. Moreira afirmaba ser hijo de padres desaparecidos. Sus padres biológicos habían sido secuestrados en 1988 bajo la dictadura de Alfredo Stroessner en Paraguay, víctimas de la Operación Cóndor, la infame represión contra simpatizantes de la izquierda en Latinoamérica. Según sus relatos, Moreira y su hermana habían sido secuestrados por un soldado argentino llamado Héctor Jorge López, quien rebautizó al niño como Matías Ezequiel López. En 2014, Moreira convenció a los tribunales de su versión y recuperó su nombre real.



Javier Garín con parte de la documentación de su larga batalla legal con Adrián Martínez Moreira © Monty Kaplan

La historia de Moreira había aparecido en las portadas de periódicos argentinos. En una entrevista para un artículo publicado en el periódico de izquierda Página 12, explicó cómo la tragedia lo acompañó: primero, el secuestro de sus padres y, más recientemente, la agresión sexual sufrida por su activismo. Moreira, quien era abiertamente gay, también reveló que su esposo había fallecido en un accidente de tren en 2012. «La historia de Adrián parece fruto de una mente febril de telenovela», comenzaba el artículo. «No puede ser cierto, no debería serlo...».

Advertisement



En el momento de su encuentro, Garín apenas conocía el pasado de Moreira. Se conocieron cuando Moreira acudió a él en busca de ayuda dos años antes. Garín siempre ofrecía consultas gratuitas a las víctimas. Sin embargo, en aquel entonces, algo en Moreira le parecía extraño. La incongruencia más notable, si así se le podía llamar, era que Moreira no parecía tener la edad suficiente para ser hijo de desaparecidos. Debería tener entre cuarenta y tantos y cuarenta y pocos. En cambio, Moreira aparentaba apenas veinticinco años. Garín finalmente rechazó la solicitud de ayuda pro bono de Moreira.

Las sospechas de Garín resurgieron en 2016, cuando un colega le mostró copias de documentos con su firma. Garín no recordaba haber firmado la documentación, que consistía principalmente en avales de reclamaciones de indemnización en nombre de las víctimas de la dictadura. Garín y su colega llegaron a sospechar que los expedientes legales, redactados de forma descuidada, habían sido falsificados por Moreira, lo que podría poner en peligro su reputación.

Ahora Garín quería respuestas. Observó cómo Moreira entraba a su oficina arrastrando los pies. Cuando hablaron por teléfono el día anterior, Moreira lo había negado todo. Insistió en que podía explicarlo todo en persona. Moreira era delgado, con el pelo largo y oscuro hasta los hombros. Hablaba con voz aguda y era excesivamente cortés, incluso tímido, según recuerda Garín. (Los abogados de Moreira rechazaron múltiples solicitudes de comentarios sobre las acusaciones de este artículo. Moreira no respondió a tiempo para su publicación).

El abogado fue directo al grano: “¿Firmaste estos documentos en mi nombre?”

La rodilla de Moreira rebotó bajo la mesa. "Está todo aquí", dijo, metiendo la mano en su bolso y sacando una carpeta. "Así que entiendes lo que pasó".

—¿Pero qué es esto que me traes?

Moreira le acercó los papeles a Garín y agregó que eran de un conocido abogado de derechos humanos.

La expresión de Garín se ensombreció. "Lo que pregunto es esto: '¿Presentaste documentos con mi firma?'"

"No."

“¿Quién los presentó entonces?”

Moreira, según Garín, alegó que lo habían engañado. Que otro abogado, Pablo Llonto, lo había obligado a firmar los documentos. Garín lo dudaba. Llonto era reconocido en Argentina por representar a víctimas en algunos de los juicios de derechos humanos más importantes del país. ¿Por qué obligaría a Moreira a firmar estos documentos en nombre de Garín?

—Entonces, ¿estás diciendo que esta persona falsificó mi firma? — preguntó Garín.

El abogado recuerda a Moreira evadiendo las excusas. Fue entonces cuando Garín experimentó una oleada de ansiedad al darse cuenta de que las firmas fraudulentas, independientemente de su origen, podrían destruir la reputación que había trabajado durante décadas.

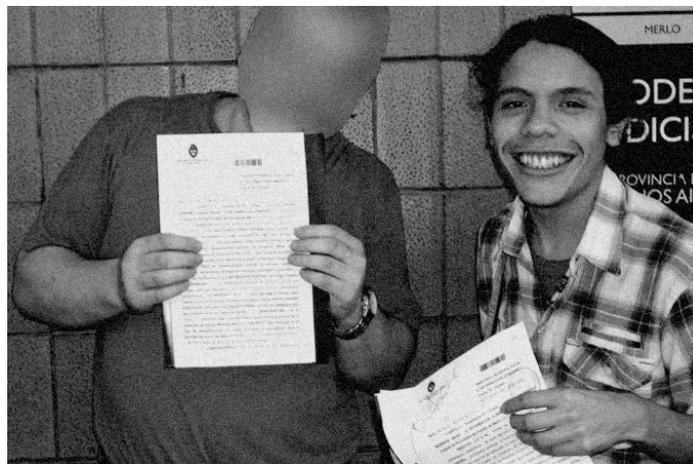


Garín en su oficina en Buenos Aires. «Me llenó de demandas... quería desgastarme». © Monty Kaplan

---

**Garín se apresuró a presentar una denuncia penal ante el tribunal** , acusando a Moreira de presentar documentos falsificados y falsificar su firma. Pero si creía que su investigación había terminado, se llevaría una nueva sorpresa. Lo que él y sus colegas habían creído que eran tres o cuatro casos de falsificación, resultaron ser muchos más. Revisando los expedientes judiciales, Garín descubrió que su firma había sido falsificada más de 50 veces. "Recuerdo que cuando me enteré, me empezó a temblar la mano y mi esposa tuvo que calmarme", dijo Garín.

Garín habló con Pablo Llonto, quien negó categóricamente la historia de Moreira. «Todo, absolutamente todo lo que dijo Moreira, es falso», me dijo Llonto más tarde. Le envió a Garín una serie de documentos que pusieron en duda la credibilidad del joven y luego le dijo que él también había sido víctima de los supuestos engaños de Moreira.



Moreira (derecha), afuera de un tribunal en Buenos Aires

El primer documento fue una demanda interpuesta en 2014 por Carlos Gregorio Lordkipanidse, presidente de la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos, en la que se alegaba que alguien había falsificado el testimonio de un líder de derechos humanos fallecido para inventar o reforzar reclamaciones falsas de indemnización estatal, pagadas por el gobierno a las víctimas del terrorismo de Estado desde principios de la década de 1990. Tras meses de investigación, el principal sospechoso de Lordkipanidse era Adrián Martínez Moreira. «Ni siquiera fue difícil encontrarlo», me contó Lordkipanidse a principios de 2025. «Estaba haciendo alarde de su historia en toda la prensa».

A continuación, Garín revisó las conclusiones de una investigación estatal iniciada por una unidad especializada de la Fiscalía Federal tras la demanda de Lordkipanidse. Moreira había hablado con frecuencia de su desgarradora historia personal, incluyendo el asesinato de su padre biológico, quien, según él, fue arrojado desde un avión al río Paraná. Moreira relató cómo lo encontró su abuela materna y alegó que las pruebas de ADN habían confirmado su verdadera identidad. Según documentos oficiales estatales que Garín compartió conmigo, la investigación de la Fiscalía Federal concluyó que nada de la historia de Moreira era cierto.

En realidad, Moreira nació de padres argentinos en abril de 1993. A los dos meses de edad, fue adoptado por Héctor Jorge López y lo rebautizaron Matías Ezequiel López. Su hermana biológica, María Florencia López, declaró a los investigadores que Moreira se enteró de su adopción a los 14 años. Añadió que la noticia le hizo "cambiar su comportamiento" y que, al pasar más tiempo con grupos de derechos humanos que en casa, empezó a sumergirse en un complejo mundo de fantasía en el que "construía una historia de sufrimiento para encajar". Su madre biológica no fue víctima de opresión política, sino una mujer vulnerable que luchaba contra una enfermedad mental. El padre adoptivo de Moreira era un manitas, sin vínculos con el gobierno más allá de haber cumplido el servicio militar obligatorio décadas antes.

---

*“If Moreira forged signatures, he accused others of forgery. If he harassed people, he accused others of harassment. Everything he did, he attributed to his victims”*

– JAVIER GARÍN

---

A través del informe, Garín supo que Moreira supuestamente había explotado la tragedia del Once en Buenos Aires en 2012, donde 51 personas murieron en un accidente ferroviario, incluido, supuestamente, su propio esposo. Tras el accidente, según la investigación estatal, Moreira se acercó a las familias en duelo, haciéndose pasar falsamente por el esposo viudo de Pablo Zanotti, actor fallecido en el desastre. Moreira asistió a reuniones de víctimas, lloró junto a los padres de Zanotti e incluso se fotografió con ellos. "Era como si quisiera vivir en el sufrimiento ajeno", declaró posteriormente el padre de Zanotti a la prensa. "Todo era una mentira, pero una mentira construida con una inquietante atención al detalle".

La investigación alegó que Moreira falsificó testimonios, falsificó documentación y presentó solicitudes fraudulentas de indemnización para quienes sufrieron la dictadura. Lo hizo bajo el pretexto de dirigir una organización sin fines de lucro, HIJOS Paraguay, que supuestamente ayudaba a los sobrevivientes.

Cuanto más leía Garín, más repulsivo le resultaba. Peronista comprometido —la ideología que combina el atractivo populista, los derechos de los trabajadores, la justicia social y una sólida intervención estatal en la economía—, Garín había dedicado su vida al movimiento argentino de derechos humanos, convencido de que el país debía reconocer y compensar a las víctimas de la brutal dictadura militar. Veía un profundo peligro en el supuesto fraude de Moreira, creyendo que tales tramas podrían empañar el reconocimiento, tan difícilmente logrado, de las atrocidades de la dictadura.

Garín también estaba desconcertado por la cantidad de información que aparentemente exponía a Moreira. Un artículo periodístico en InfoBae, uno de los medios digitales más importantes de Argentina, describía todo el caso. En ese artículo, Moreira defendía sus acciones: "Mi historia es verdadera", dijo. "Si pudiera elegir ser otra persona, lo haría. Pero no puedo. Esta es mi verdad". Garín no entendía por qué, con todas estas pruebas y la atención pública, Moreira no estaba tras las rejas.

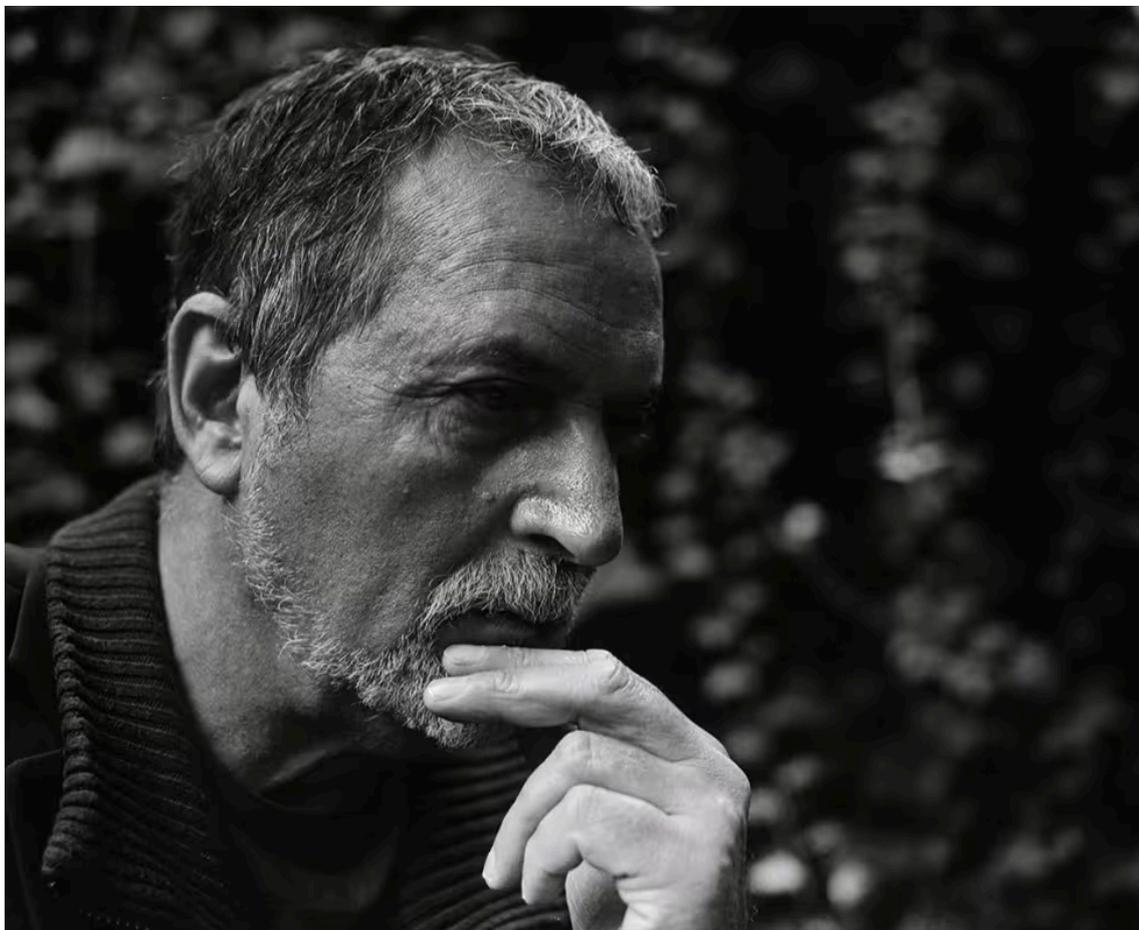
No estaba claro por qué la investigación de la fiscalía federal no había resultado en cargos. Una razón podría ser que, si bien se presentaron numerosas reclamaciones fraudulentas, el estado determinó que ninguna había resultado en pagos efectivos. Aun así, Moreira se beneficiaba directamente de las víctimas que ya habían pagado sus honorarios legales por adelantado a la espera de una eventual indemnización. Garín encontró otra posible explicación en una evaluación psicológica ordenada por el tribunal a la que Moreira se había sometido en 2012. Esta determinó que sufría de «psicosis paranoide... profundamente arraigada en su identidad inventada e impulsada por paranoia sistemática y complejos de persecución». Garín asumió que la condición mental de Moreira lo había convertido en un blanco difícil para los fiscales.

Aun así, el hombre que había conocido parecía calculador y dueño de sus actos. Parecía cuerdo. Garín no podía soportar lo que ahora creía que era el escandaloso fraude de Moreira. Tampoco podía aceptar la inacción de las autoridades.

---

**Casi una década después, en octubre de 2024** , visité a Garín en su casa de Buenos Aires. El acre olor de la barbacoa inundaba su frondoso jardín trasero. Garín estaba desplomado en una silla de jardín, abrazando un vaso de cerveza. Sus ojos, ojerosos por la fatiga, miraban a lo lejos. Tras un prolongado silencio, interrumpido solo por el chisporroteo de la carne en la parrilla cercana, finalmente habló: «Lo que sucedió después me afectó emocionalmente, tanto en casa con mi familia como en el trabajo».

Casi tan pronto como Garín presentó su denuncia, el nervioso y arrepentido Moreira con el que se había reunido en su oficina se volvió vengativo y aterrador. Moreira volvió la acusación contra el acusador. Empezó a insistir en que Garín lo atormentaba a él y no al revés. A finales de 2016, Moreira acusó a Garín de acoso, extorsión y falsa representación.



La terrible experiencia de Moreira afectó gravemente la salud de Garín. Desarrolló hipertensión, fatiga crónica y ansiedad. «A veces, empezaba a temblar de repente». © Monty Kaplan

“Me inundó de acusaciones falsas y me hundió en demandas”, explicó Garín. “Quería desgastarme y desperdiciar tiempo y recursos”. Estas acusaciones falsas preocuparon a Garín. “Tengo amplia experiencia en tribunales con demandas y denuncias, pero estas acusaciones falsas me inquietaron profundamente”, dijo.

Garín pronto llegó a creer que Moreira manipulaba el sistema legal de una forma que recordaba inquietantemente a los días más oscuros de Argentina. Durante la dictadura, el Estado utilizó acusaciones falsas y la burocracia como herramientas de represión. Ahora, pensaba que Moreira estaba utilizando las instituciones destinadas a garantizar la justicia para obstruirla. Argentina había avanzado mucho en el procesamiento de las violaciones de derechos humanos, pero, como Garín ahora lo veía, las maquinaciones de Moreira demostraban que el sistema aún podía ser secuestrado por quienes sabían cómo explotarlo.

Mientras tanto, la denuncia penal de Garín contra Moreira avanzaba en los tribunales a un ritmo exasperantemente lento; los años pasaban. Y mientras él defendía sus propias demandas falsas en los tribunales, las autoridades le decían que Moreira necesitaba someterse a otra evaluación psicológica antes de proceder con los cargos de fraude. "Tenían que asegurarse de que pudiera ser procesado legalmente, de que estuviera psicológicamente apto", dijo Garín. Solo había un problema. Según las autoridades, Moreira no estaba por ningún lado. "Afirmaron que no lo encontraban por ningún lado", me dijo Garín con una expresión de incredulidad en el rostro.

Garín sabía que Moreira no había desaparecido porque, según él, por esa época comenzó a llegar una segunda ola de acusaciones falsas.

Para 2019, afirma Garín, Moreira había reclutado a demandantes por poder, incluyendo a un abogado jubilado llamado Omar García, para presentar demandas multimillonarias contra Garín y cualquiera que lo ayudara. «Moreira no firmaba estas demandas, pero sí gente de su grupo».

Garín sostiene que estas acusaciones, que incluían acoso y difamación, buscaban vaciar sus finanzas, desacreditarlo profesionalmente e intimidar a posibles simpatizantes. "Fueron una venganza por haber insistido repetidamente ante los tribunales para que encontraran y obligaran a Moreira a someterse a una evaluación psiquiátrica", me dijo Garín.

El supuesto ansia de venganza de Moreira alcanzó su punto álgido cuando, dos años después, su abogado, Omar García, consiguió que los tribunales creyeran que Garín padecía una enfermedad mental clínica. Utilizando firmas y sellos falsos, García escribió a los tribunales, alegando que Garín sufría graves problemas de salud mental, en concreto, episodios delirantes agudos, y solicitando su hospitalización inmediata y tratamiento psiquiátrico. En una conversación de texto desde el móvil de Moreira, posteriormente confiscado por la policía argentina, Moreira le dijo a una de sus cómplices: «Por fin hemos conseguido que Garín sea declarado 'loco'... Pero ahora necesitamos una orden de alejamiento para demostrar que representa un grave riesgo, y no sabemos a quién preguntar... ¿Lo haría usted?». Un mes después, se presentó otra denuncia acusando a Garín de acoso sexual.

Garín, quien niega categóricamente estas acusaciones, nunca fue hospitalizado a la fuerza. De hecho, los tribunales desestimaron todas las demandas de García varios meses después. Aun así, Garín tuvo que costear su propia evaluación psicológica para demostrar que la de García no era válida. En dicha evaluación, el psicólogo concluyó que Garín "no representaba un riesgo para sí mismo ni para terceros".

La dura experiencia afectó gravemente la salud de Garín. Antes de Moreira, había estado en forma, habiendo escalado el Aconcagua, la montaña más alta de Sudamérica, tres veces. Pero desde entonces, desarrolló hipertensión, fatiga crónica y ansiedad. "A veces, empezaba a temblar de repente", me contó. Se volvió más retraído, cascarrabias y paranoico. "Realmente cambió de persona por un tiempo", me dijo su esposa María mientras estábamos sentados en el patio.

Garín añadió que tuvo que dejar de aceptar nuevos trabajos porque estaba demasiado ocupado defendiéndose de Moreira. «Era como un cáncer», dijo Garín. «Si una persona tiene cáncer, no puede irse de vacaciones. No puede aceptar nuevos trabajos. Tiene que curarse con quimioterapia... Bueno, yo estaba haciendo un tipo de quimioterapia».

---

**En 2020, Garín recibió un mensaje de** Laura Cravello, figura destacada en el ámbito de los derechos humanos en Argentina e hija de padres desaparecidos. Era comprensible que se mostrara cauteloso. «Recuerdo que desconfiaba de mí», me contó Cravello en 2025 en un bar del centro de Barcelona, donde reside desde hace más de dos décadas.

Pero Cravello demostró ser sincera. Tenía solo dos años en 1975, cuando la dictadura militar argentina secuestró a sus padres. Nunca más se los volvió a ver. Criada por sus abuelos, Cravello pasó su infancia sin poder hablar de lo sucedido. Al crecer, comenzó a buscar respuestas y finalmente se convirtió en una destacada activista de derechos humanos.

Cravello empezó a investigar a Moreira cuando sospechó de un grupo de Facebook relacionado con leyes de reparación para víctimas de la dictadura. Dentro de ese grupo, un supuesto abogado ofrecía sus servicios gratuitos para ayudar a las víctimas. A Cravello, esto le pareció sospechoso. Tras hacerle preguntas, el abogado, que se hacía llamar Omar García, se volvió amenazante. "Fue entonces cuando me di cuenta de que algo muy oscuro se escondía tras esa fachada de solidaridad", me contó Cravello. Empezó a buscar y hablar con otros miembros del grupo, y a buscar expedientes judiciales donde apareciera el nombre de García. Poco a poco, fue encontrando a una serie de presuntas víctimas vinculadas a la organización de Moreira.



Madres de la Plaza de Mayo con carteles de sus hijos desaparecidos, Buenos Aires, 1982 © AFP vía Getty Images

Si bien Garín conocía la capacidad de Moreira para engañar, no imaginaba la magnitud del fraude que Cravello estaba destapando. Alegó que Moreira, trabajando bajo diversos alias y con varios cómplices, se había dirigido sistemáticamente a sobrevivientes vulnerables y familias de desaparecidos en todo el país. La estafa, afirmó, afectó a cientos de personas que creían que Moreira intentaba ayudarlas a través de su organización, HIJOS Paraguay. Cravello se propuso contactar a los clientes de Moreira, intentando "salvar a tantas víctimas como fuera posible" porque, en sus palabras, "el sujeto se estaba aprovechando de su sufrimiento para obtener una parte de la indemnización".

Una historia conmovedora que compartió conmigo es el caso de José Dabrowski, hijo de padres desaparecidos y colaborador de las Madres de Plaza de Mayo. Esta organización lleva haciendo campaña por la liberación de presos políticos desde la década de 1970. Moreira, dijo, se ganó el favor de la familia de Dabrowski haciéndose pasar por un abogado dedicado a los derechos humanos. Dabrowski inicialmente le creyó, pensando que "nadie mentiría sobre algo así", pero rápidamente comenzó a sospechar de las grandiosas promesas de Moreira. "Dijo que tenía acceso directo al gobierno", me contó Dabrowski cuando lo visité en Buenos Aires. "Todo era mentira". El episodio destrozó a la familia de Dabrowski, enfrentando a los hermanos entre sí. En un momento dado, Moreira desprestigió públicamente a Dabrowski como el líder de una red criminal, lo que llevó a sus hijos a rogarle que abandonara por completo su trabajo en defensa de los derechos humanos. "Mis hijos lloraron y dijeron: 'Papá, deja de activismo. Constantemente te acusan de cosas que sabemos que no hiciste'".

Otra historia involucra a Alejandra S (quien no quiso dar su nombre completo por temor a represalias), quien ha pasado toda su vida cargando con el peso de preguntas sin respuesta sobre sus padres desaparecidos. Cuando conoció a Moreira en 2020, sintió un leve atisbo de esperanza. Él ofreció detalles vívidos y garantías sobre el destino de su madre, recordó Alejandra, incluso afirmando que sus restos podrían haber sido encontrados. "No te imaginas lo que esto significó para mí", me dijo en Buenos Aires a finales de 2024.

Moreira, dijo, manipuló su dolor con maestría, mezclando verdades y mentiras con una facilidad inquietante y presentándose como una víctima compasiva. "Nos hicimos amigos. Hablábamos casi todos los días sobre mi caso y su vida personal", recordó. Incluso después de descubrir que Moreira le había mentado, Alejandra luchó por liberarse: "No quería creerlo; no podía creerlo... Me jodió la cabeza y me rompió el corazón".

Trabajando juntos, Garín y Cravello renovaron la presión sobre las autoridades federales para que actuaran. Hablaban con regularidad, Garín en Buenos Aires y Cravello en Barcelona, y a veces se reunían en persona cuando Cravello regresaba a su ciudad natal. Ambos estaban fascinados por la psicología de Moreira. Observaron que a menudo acusaba a sus víctimas de delitos que supuestamente él mismo cometía. "Si falsificaba firmas, acusaba a otros de falsificación. Si acosaba a personas, acusaba a otros de acoso. Todo lo que hacía, lo atribuía a sus víctimas", me dijo Garín. Les sorprendió igualmente la lealtad de los clientes y seguidores de Moreira, a pesar de las acusaciones generalizadas en los medios de comunicación de que era un fraude. "Era una secta que él había construido", me dijo Cravello. "Estaban profundamente adoctrinados, muy fanatizados. No cuestionaban nada".

Finalmente, Garín y Cravello atrajeron la atención de la Secretaría de Derechos Humanos de Argentina, organismo gubernamental responsable de promover y aplicar políticas de derechos humanos para las víctimas de la dictadura. En Argentina, la figura legal de *las partes civiles* permite a las víctimas, sus familias o las instituciones que las representan participar activamente en los procesos penales, un nivel de participación poco común en jurisdicciones como el Reino Unido o Estados Unidos. En los casos argentinos, las partes civiles pueden presentar pruebas, interrogar a testigos y apelar decisiones judiciales. La Secretaría de Derechos Humanos, organismo gubernamental, también puede participar como parte civil en casos relacionados con delitos cometidos durante la dictadura u otras violaciones graves de derechos humanos. En 2021, la secretaría se unió a la demanda de Garín como querellante oficial.

---

*“We became friends. We spoke almost every day about my case and his personal life. I couldn’t believe he’d lied to me... He screwed with my head and broke my heart”*

– ALEJANDRA S, DAUGHTER OF DISAPPEARED PARENTS

---

Como parte de la colaboración, la secretaría inició su propia investigación, que finalmente reveló la magnitud del presunto fraude de Moreira. Al igual que la investigación de 2014 realizada por la Fiscalía Federal, se descubrió que Moreira, junto con sus cómplices, entre ellos García, el abogado a través del cual Moreira presentó la mayoría de sus demandas, infiltró falsos testimonios en casos legítimos de derechos humanos en todo el país. Si bien la magnitud del fraude financiero era difícil de calcular con precisión, Federico Efrón, director nacional de asuntos jurídicos en materia de derechos humanos de la secretaría, y su equipo encontraron más de 100 denuncias fraudulentas presentadas por Moreira y sus cómplices. Efrón creía que se trataba de uno de los casos más flagrantes de fraude en materia de derechos humanos que había presenciado en su carrera.

En noviembre de 2021, agentes federales allanaron la residencia de Moreira en Buenos Aires e incautaron una gran cantidad de documentos que lo vinculaban directamente con numerosos casos fraudulentos. Por orden judicial, Moreira también se había sometido a una evaluación psiquiátrica a principios de ese año, cuyos resultados indicaron que era manipulador y emocionalmente inestable, pero que no padecía psicosis paranoide, como se creía inicialmente. Más importante aún, el informe concluyó que era capaz de comprender sus actos delictivos y se encontraba en condiciones físicas y mentales aptas para ser procesado.

A finales de 2023, los tribunales federales acusaron formalmente a Moreira y cinco cómplices de fraude, extorsión y falsificación de documentos, cargos que Garín había perseguido durante casi una década. Fue un triunfo, pero no el final que Garín y Cravello esperaban. A la espera del juicio, Moreira quedó en libertad bajo fianza.

---

**Moreira aún estaba a la espera de juicio en mayo de 2024**, cuando concertó una cita con un joven en el Café El Podio, un modesto local en una transitada calle del centro de Buenos Aires. Según documentos judiciales, el joven había solicitado la asesoría legal de Moreira para resolver una disputa por la custodia de un menor. Tras una breve conversación, Moreira sugirió continuar la conversación en su oficina, donde le indicó que debía firmar unos documentos.

Una vez dentro de lo que resultó ser el apartamento de Moreira, su comportamiento cambió. Se volvió agresivo. Tras cerrar la puerta con llave, le tomó fotos al hombre con su teléfono y lo obligó a desnudarse. Luego, tomó un cuchillo de la cocina y se abalanzó sobre el joven, cortándolo repetidamente en el cuello y la espalda. Moreira lo condujo a la habitación, donde lo inmovilizó y lo violó.

Después, según el testimonio de la víctima, Moreira fingió preocupación. Repetía una y otra vez: "¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?", y accedió a llevarlo al hospital. De camino, Moreira le indicó a su víctima que les dijera a los médicos de Urgencias que las lesiones eran resultado de un ataque aleatorio por parte de desconocidos; que lo mataría si decía la verdad. Pero el joven se derrumbó en el hospital y reveló la verdad al personal médico. Minutos después, la policía irrumpió en el edificio y arrestó a Moreira. Pero no antes de que Moreira le robara las tarjetas bancarias y los 9.000 pesos que llevaba en su bolso. "Insistí durante tanto tiempo en que lo arrestaran, pero no me hicieron caso", me dijo Garín durante mi segunda visita a su casa, varios meses después del incidente. "Sigo pensando que si lo hubieran detenido antes, ciertos delitos no habrían ocurrido".



«Quizás soy paranoico», dice Garín. «Pero después de lo que he vivido, es difícil no serlo». © Monty Kaplan

---

*“I’d insisted he should be arrested for so long, but they didn’t pay me any attention. I keep thinking, if they had detained him sooner, certain crimes wouldn’t have happened”*

– JAVIER GARÍN

---

Estábamos sentados en la tranquilidad de su oficina. El rostro habitualmente impasible de Garín comenzó a contraerse. Su voz se hizo más fuerte, más severa. Mientras las verdaderas víctimas sufrían, mientras Garín se veía envuelto en docenas de demandas penales y civiles, defendiéndose en los tribunales, Moreira seguía prófugo. ¿Por qué? Adrián Martínez Moreira, concluyó Garín, era más que un estafador. Me dijo que estaba convencido de que el plan de Moreira estaba "protegido por los servicios de inteligencia" para desacreditar no solo la búsqueda de justicia de Garín, sino también la visión histórica de la dictadura.

Garín admitió que esto podría parecer un poco desquiciado. Pero existen precedentes en su país. Los servicios secretos argentinos se infiltraron y monitorearon a grupos y figuras de derechos humanos durante y después de la dictadura, lo que en ocasiones provocó desapariciones. Incluso en 2017, el gobierno de Mauricio Macri fue acusado de monitorear y vigilar a abogados, periodistas, empresarios y jueces considerados opositores.

Ahora, la situación era peor, creía Garín. El presidente Javier Milei y miembros de su gobierno habían comenzado a cuestionar abiertamente la gravedad de la dictadura militar argentina, sugiriendo que se exageraban los abusos contra los derechos humanos y argumentando que ambos bandos del conflicto debían ser reconocidos. "Quizás soy paranoico", dijo Garín con una leve sonrisa, "pero después de lo que he vivido, es difícil no serlo". (Efrón me contó más tarde que no había encontrado ninguna prueba que sugiriera que Moreira fuera un agente encubierto).

El Estado había intervenido hasta cierto punto. En agosto de 2024, los tribunales revocaron la identidad de Moreira, acordando que nunca había sido esa persona y que dicha persona no existía. Su verdadera identidad era Matías Ezequiel López, nacido el 30 de abril de 1993.

Aun así, dijo Garín, Moreira era tan descarado tras las rejas como lo había sido en la calle. Mientras esperaba el juicio bajo custodia, sus afirmaciones se habían vuelto aún más absurdas, rozando lo cómico. De repente, afirmó estar gravemente enfermo de cáncer de colon. También intentó cambiar su identidad, insistiendo en que era transgénero y, por lo tanto, debía ser tratado como una prisionera. "Ahora se hace llamar Adriana Luz", exclamó Garín entre risas.

Moreira y otras cuatro personas enfrentan actualmente más de 90 cargos penales, entre ellos la fundación y dirección de una asociación ilícita, perjurio, fraude y defraudación al Estado. Este caso aún está pendiente de juicio. En agosto, Moreira fue declarado culpable de violación agravada por el uso o amenaza de arma, agresión con lesiones corporales, privación ilegal de la libertad y robo, y condenado a 14 años de prisión.

Garín tenía claro que la historia de Moreira trascendía lo absurdo de sus actos. Si bien no había logrado defraudar al estado para obtener una indemnización completa, había proporcionado una versión plausible a quienes buscaban sembrar dudas sobre el pasado de Argentina. Moreira les había dado las herramientas para socavar el sufrimiento real de miles de personas. Garín me dijo que solo sentiría una verdadera sensación de cierre si Moreira era declarado culpable de los crímenes restantes. Hasta entonces, la ansiedad y el agotamiento persistirían. Garín quería que la historia terminara para su país, pero también para sí mismo.

*Entérate primero de nuestras últimas historias: sigue a FT Weekend Magazine en [X](#) y a FT Weekend en [Instagram](#)*

## **Sigue los temas de este artículo**

---

Vida y artes

Ley

Servicios legales

Edición FT

Sociedad de las Américas

